

—¡Delicioso, Calínez! ¡Pero qué simpáticos resultan estos buenos liberales! Mira que son finos y atentos. Dan todo lo que tienen. Dan satisfacciones á sus adversarios. Dan pruebas de altruismo y abnegación...

—Sí, pero no dan... una en el clavo.

—¿Y de la conferencia de D. Guillermo con el Pretor que sabes?

—Lo que cuenta todo el mundo. Que ha sido muy interesante y muy transcendental. Le ha dicho: «Yo no voto á Silvela» y se ha quedado tan fresco.

—Naturalmente. Es que eso desahoga y tranquiliza á cualquiera.

—Después ha ofrecido su concurso al gobierno.

—¡Ah, caramba! eso es otra cosa.

—Y es lo que dirá el acertadísimo y discreto gobernador, que ha recibido tan esplicitas declaraciones. «Del lobo un pelo»

—¿Pero le habrá llamado lobo á Verdejo?

—¡No seas infeliz, hombre! Esta es una figura, una metáfora, una frase hecha, aplicada á este caso. Quiere decir, que más vale algo que nada. Que si no vota Verdejo á Silvela puede votar á Serrano y eso se saca.

—Pues que saque lo que pueda. A nosotros nos tiene sin cuidado ¿Verdad Calínez?

—Hombre yo pienso que la intención de don Guillermo está conocida. D. Guillermo dará un lugar á Serrano y otro lugar á mí ¿qué te parece?

—¡Ah, pilló! ¡por eso sientes tan grandes simpatías hácia D. Guillermo! ¡Mira que te expones, Calínez, á caer en el desagrado de Dios Todopoderoso!

—¡Quita, hombre! no digas tonterías.

—¡Tonterías! Mira lo que le ha pasado á nuestro pobre amigo Pérez López. Fué á esperar á D. Guillermo á la Estación, como amigo particular suyo, cuando vino de Madrid de conferenciar con el gobierno y ¡allí cayó un boticario! ¡Se perdió miserablemente!

—¿Quién puede afirmar esa majadería?

—¡Majadería! Anda, anda! No te quepa duda, Calínez. Tú dirás que eso es una simpleza cursi, un pretexto ridículo, una insigne necedad; en suma, todo lo que te plazca. Pero el hecho, como cierto y positivo se tiene. D. José, con realizar un acto afectuoso é íntimo de singular estimación por su amigo Verdejo, quedó inutilizado y destruido.

—¡Vamos, hombre, que no diga yo que eres tonto del todo!

—¿Que piensas tú entonces?

—Pienso que ese es un decir sin fundamento alguno; que en todo caso puede considerarse como un pretexto ñoño y risible para excluir á nuestro amigo D. José de la combinación liberal en la adjudicación de la tenencia otorgada generosamente á los conservadores y á los silvelistas serranizados por la magia astuta de D. Onofre.

—Será así, Calínez. ¿Sabes que es travieso D. Onofre? ¿Y por qué habrá patrocinado á

D. Julito con tanto interés, favoreciendo la intromisión de los reaccionarios?

—¿Qué preguntas haces, Tobálo? ¡Por moler á Laynez y comparsa que le arrebataron la presa de la Alcaldía para D. Braulio.

—¿Es que D. Braulio socabó el terreno á D. Onofre?

—¡No, hombre! D. Braulio se vió sorprendido con la Real orden. ¿Cómo había él de traicionar á su amigo de la infancia, á quien adora con tan puras intenciones?

—¡Mecachis! ¡Qué familia, Calínez!

—Pues mira, son todos muy estimables. No hay en ellos, móviles interesados, ni nadie que sienta hondas codicias, ni ambiciones bastardas. Se afanan por el público bien y por el amor á los suyos, y sobre todo por los ideales. En eso de los ideales puedes creer que son también ideales estos demócratas de nuestros pecados.

Y ahora resulta otra cosa. Con la exaltación del apreciable edil onofrista-perista-espinarista-ex-gimenista, queda como sabes, vacante la cuarta consabida, que tanto enamora al distinguido y sonrosado joven Rovira.

—Bien ¿y qué?

—Que hay que proveerla, según parece.

—Natural.

—¿Tú crees que la lograrán los liberales-demócratas?

—Yó no creo nada.

—Es lo mejor que se puede hacer.

—Hombre, te diré: ¿cómo voy á satisfacer tus curiosos deseos, cuando en realidad ignoro como pensarán á la postre los concejales? Si oyes asegurar de un modo resuelto y categórico que no votan á Rovira, candidato conservador del pacto, no lo creas. Duda y desconfía, amigo Tobálo, de cuantas afirmaciones se hagan. Sucederá al fin lo inesperado, porque todo ha de supeditarse á las conveniencias de partido, á la disciplina, al orden y á la regla. Es práctica de estas grandes y poderosas organizaciones democráticas, fundamentar sus principios de libertad de conciencia y de criterio en la más estrecha y severa ordenanza; al extremo, que cuando se adopta por sus afiliados una pública y solemne determinación, aplaudida y celebrada por todo el mundo, de la noche á la mañana resuelven lo contrario y se supeditan al imperativo categórico de las conveniencias de partido.

—¡Maravilloso, Calínez! Yo me entusiasmo oyéndote hablar así, porque me enamora y me encantá todo eso. ¡Ah, Calínez! Sin esa gran energía y esa gran sensatez, no se concibe la democracia sensata y enérgica.

Es claro, querido amigo.

—Oye, Calínez. ¿Tendrá todo eso algo que ver con los latifundios?

—No sé qué decirte. Es posible.

—Yo estoy dando vueltas á esta idea ingeniosa y así es cómo me esplico perfectamente todo lo que pasa.

—¡Y lo que pasará, Tobálo! Esto no es más